

## **COSTUMBRES, OFICIOS, FIESTAS Y JUEGOS DE ANTAÑO**

*Se recogen algunos de los aspectos del folklore de nuestra tierra, reproduciendo conversaciones grabadas con aquellos que participaron activamente en los hechos y que conservan, en su memoria, lo que vieron o recuerdan lo que les contaron.*

*Se darán a conocer también escritos y documentos conservados por familias, sociedades, asociaciones, etc..., referentes tanto a ellas como a sus miembros, en el pasado y en el presente.*

### **La calle de San Vicente: sus vecinos, sus "hoguericas". (y II)**

(Viene de Ababol n.º 54, pág. 8)

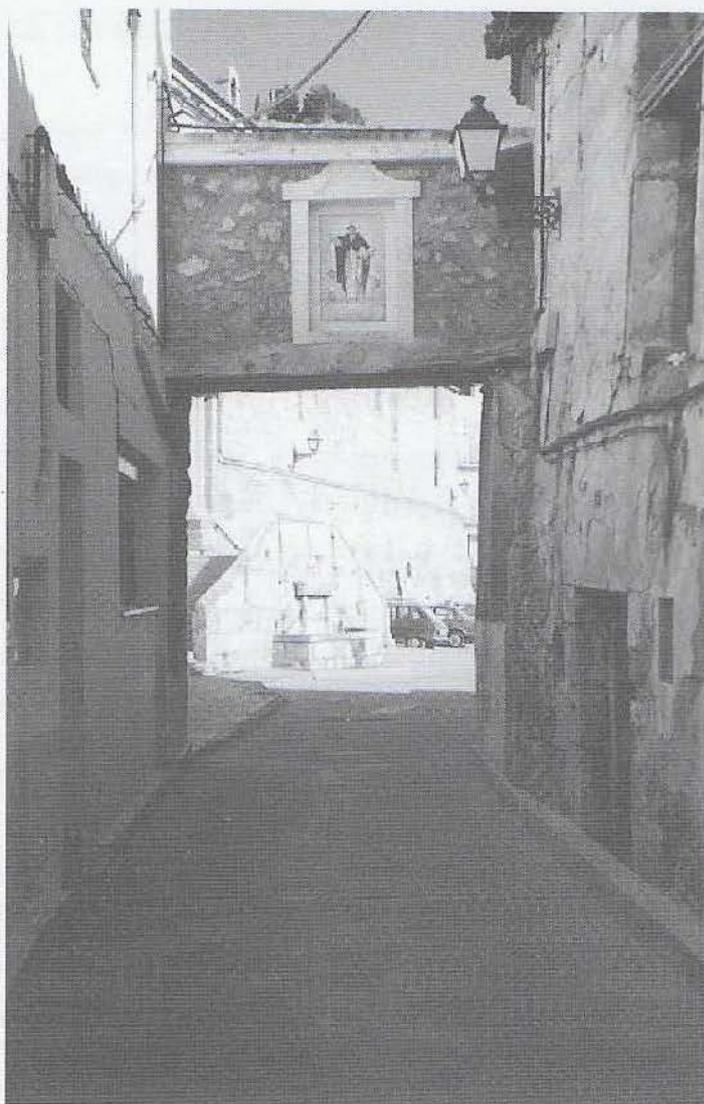
Vivían también en esta calle labradores pudientes como el tío Nicasio y su mujer e hija, Piedad, moza que no destacaba por su belleza. Muchos predecían que se quedaría para vestir santos, pero se casó y con un buen mozo. Como aseguran los avispados: las fincas suelen ser, o por los menos lo eran entonces, muy apetitosas.

Había otros que se ganaban la vida con ocupaciones relacionadas con la agricultura, aunque sin estar sujetos al laboreo de la tierra: p. ej. el tío "Raje", padre de Antonio Valentín, representante actual de tal apodo. Ha seguido este los pasos de su padre que se dedicaba al "trato"; era lo que se llamaba un tratante. Estos se dedicaban preferentemente a proveer (venta, compra, cambio o trueque) de animales de carga y laboreo a los labradores. El tío Antonio Valentín, que así se llamaba el padre, ha sido uno de los tratantes más famosos del Rincón.

En el siglo XIX y primera mitad del siglo XX, hasta la guerra civil y algunos años posteriores, era muy concurrida la Feria de San Miguel, a la que acudían varios tratantes con sus recuas de animales. Se celebraba esa feria en la explanada del Molino Nuevo, ese espacio libre que ahora sirve de aparcamiento a los coches de los que visitan el hostel "Casa Domingo". Tal feria, que se celebraba el 29 de setiembre significaba, además, el fin del año económico, ya que los renteros y medieros debían pagar por esas fechas a los dueños de las tierras que trabajaban lo estipulado en sus contratos. Era también ocasión para terminar de pagar los plazos de los animales adquiridos en la feria anterior. A partir de San Miguel, comenzaba pues un nuevo año económico para los tratantes y sus clientes: los labradores.

Todos los vecinos de la calle nos llevábamos de maravilla, a pesar de los acontecimientos que luego sobrevinieron. Claro que por aquel entonces yo era un niño que no se enteraba de muchas cosas.

El primer recuerdo nítido que tengo de las hoguericas es el de la que se hizo donde vivía el tío Nicasio. Este se dedicó a quemar unos serones viejos ya inservibles, unas aguaderas en las mismas condiciones y a ellos se añadieron envoltorios y envases viejos (cajas y otros desechos) procedentes de la tienda de



La calle de San Vicente en dirección al Rabal.

Teófilo Blanco. Esto al principio; después cada vecino tenía algún trasto viejo y otras cosas desahuciadas que encontraban en su casa. Yo alucinaba viendo a los jóvenes saltar por encima de las llamas... También me acuerdo de que Rosario Eced y mi madre hicieron buñuelos, animadas con la idea de añadir postres a las patatas que se asaban en la hoguera. Deba gusto ver cómo se apartaban del fuego las ya asadas, que se repartían entre la gente, y se colocaban otras en su lugar. Así, sin cesar, toda la noche. La bota iba pasando de mano en mano y los frecuentes y largos tragos animaban a los vecinos que no paraban de reír, de hablar y de cantar. ¡Madre mía, là que se armó! Es para mí un recuerdo imborrable. Ya no me acuerdo de cuando me fui a dormir. Todos disfrutamos como locos... y yo también.

Luego vino la guerra civil (1936-39) y todo esto se disipó como si se hubiera tratado de un sueño. Rompieron la efigie del santo y ni aun nombrarlo se podía.

Poco después llegaban las noticias de los primeros hijos del pueblo muertos

en el frente, del asesinato del cura, D. Blas, el saqueo de la iglesia y la quema de imágenes; arrojaron las campanas desde lo alto del campanario; una o dos se rompieron al caer de tanta altura... etc. etc. Fueron años tristes, llenos de inquietudes y preocupaciones, de temores y odios desatados, de hambre y calamidades. Todo esto también pasó, engullido por el tiempo.

Restablecida la paz, Teófilo Blanco regaló un nuevo panel de azulejos con la efigie del santo. Es el anterior al que hoy podemos contemplar. Lo colocó, levantando para ello un andamio, el tío José "el Corbellero", el mayor de los cuatro hermanos que fueron todos albañiles.

Para celebrar esta reinstauración de la normalidad, Teófilo Blanco no sólo pagó los gastos de colocación del mosaico sino que animó al vecindario a celebrar también la tradición de las "hoguericas".

La situación económica no era entonces boyante, pero se hizo la hoguera en la puerta de Antonio "el Royico". Fue todo un éxito. Tras los años de infeliz memoria, todos teníamos ganas de fiesta y de olvidar las desgracias pasadas. Acudió mucha gente y pronto se caldeó el ambiente y eran numerosos los que saltaban por encima de las llamas. Los vecinos, con su mejor voluntad, sacaron algunas viandas que se remojaron con anís para dar mayor empaque a la fiesta.

Sólo que -repito- la economía andaba mal, escaseaba todo y ese gasto extraordinario nadie se lo podía permitir. Eran tiempos de penuria que daban para cubrir lo absolutamente preciso y nada más.

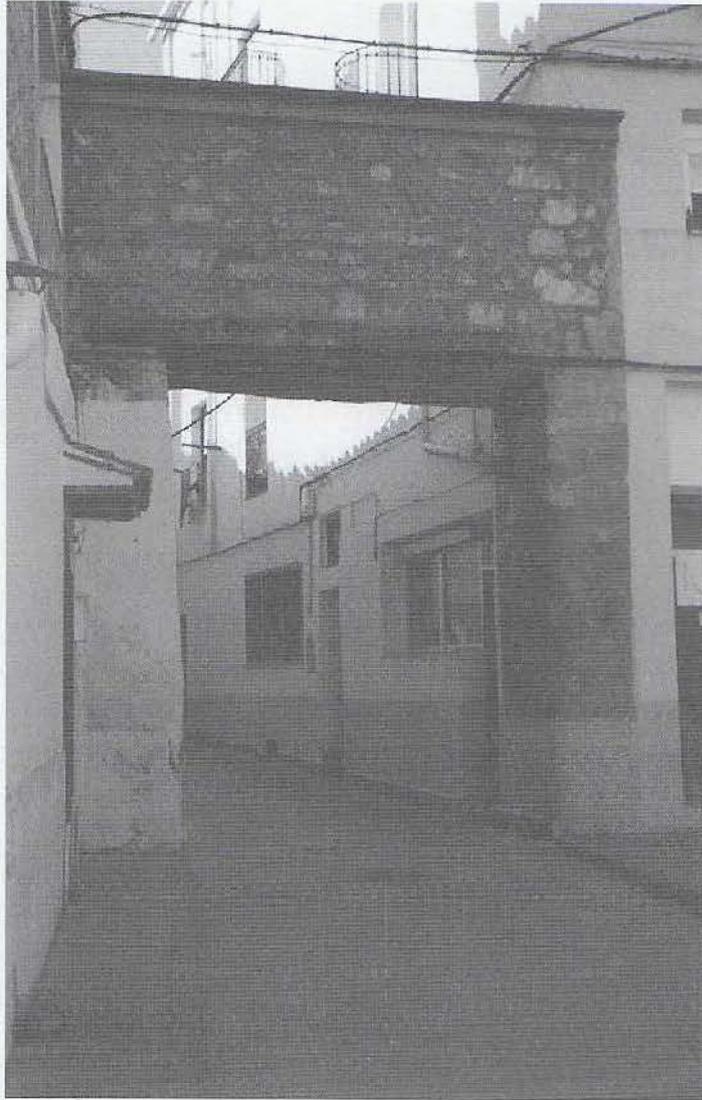
Así que esta tradición de las "hoguericas" se perdió.

(He de advertir que no se trata aquí de las hogueras típicas de muchos pueblos y países que se celebran la noche de San Juan -24 de junio- fiesta anteriormente pagana para conmemorar el solsticio de verano. Las "hoguericas" de San Vicente se encienden la víspera del día de tal santo: Vicente Ferrer, 5 de abril. Ignoro cual es el origen y causa de tal tradición, ya que, además, sólo se encienden en Ademuz y Castielfabib, aunque empiezan ya a celebrarse en otros pueblos del Rincón.)

Este panel, regalo de Teófilo Blanco, estuvo allí varios años... hasta que, un día, los hijos del director del Banco de Aragón, D. Julio (no recuerdo su apellido) jugando con un balón le dieron tal balonazo que se desprendieron algunos ladrillos y, al caer, se hicieron añicos.

Nos reunimos algunos vecinos y decidimos comprar otro panel de azulejos. Me encargaron a mí la gestión y yo lo encargué a Javier Mares, de Chelva, quien a su vez pasó el encargo a Manises. Costó 32.000 pta. Mi amigo, albañil, Rafael Lozano, "Tapaaujeros", lo colocó de nuevo donde ahora se halla. Hay que señalar que hubo que pedir primero permiso al Ayuntamiento por medio de una instancia. Aún espero la respuesta. El permiso me lo dio verbalmente D. Rafael Edo, alcalde por aquellos años.

Todavía conservo en mi casa los restos del viejo panel. Cada vecino contribuyó con lo que quiso o pudo; el Ayuntamiento me parece recordar que regaló

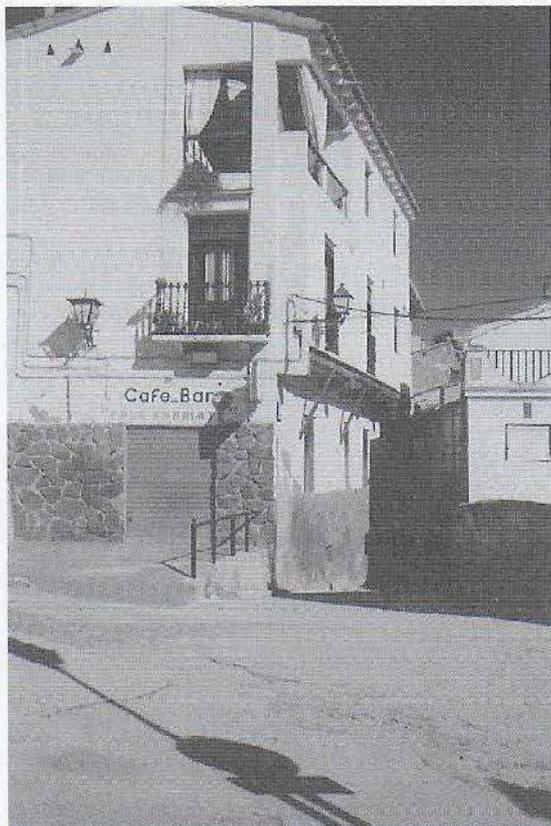


La calle de San Vicente desde del Rabal.

algo de cemento o yeso. Rafael Lozano no quiso cobrar por colocarlo.

El Banco de Aragón se hallaba situado en una esquina del Rabal (Plaza de la Iglesia) precisamente la izquierda cuando por la calle de San Vicente se camina hacia la iglesia. En esa esquina apoya uno de los lados de esa especie de puentecito en que se halla colocado el panel cerámico con la efigie del santo. En la actualidad ocupa ese local la carnicería de Manuel Monleón, el "Camilo", familia que ha dado varios carniceros a la localidad.

Ayudaba a D. Julio en sus tareas un empleado, José Olba, que casó con una ademucera, como suele suceder en tales circunstancias. Como hecho hay que reseñar que al iniciarse la guerra civil (julio 1936) los que formaban el Comité -autoridad máxima en los primeros días- se incautaron del Banco de Aragón, lo que les permitió enterarse, por los ficheros y documentos, de las personas que allí tenían ahorros y la cuantía de ellos. Aprovechándose del poder que les daba la fuerza, llamaron a esas personas, las obligaron a firmar que donaban sus ahorros "para la causa" y las despojaron de su dinero. Al finalizar la guerra (abril



Café-Bar "Casa Farriate" en el Rabal.

1939) reclamaron ellos al Banco de Aragón en Teruel la devolución de esas cantidades. La respuesta que recibieron fue que no deberían haber firmado.

Una vez desaparecido el Banco de Aragón, se instaló allí, tras varios años, la oficina de Correos, no conjuntamente con Telégrafos, como ha venido siendo habitual. Esta última se trasladó posteriormente a la planta inferior de la actual Oficina de Correos en la Plaza del Ayuntamiento. Uno de los telegrafistas fue Eusebio Serrano, cuñado de José Olba, el empleado del Banco de Aragón.

Trasladado Correos a su actual emplazamiento, quedó vacío y sin uso el local que había sido sede de dicho banco, hasta que adquirió el local Manuel Monleón para establecer su carnicería.

Pasaron varios años, hasta que mejoró la situación económica. Por aquello de que "De

la panza sale la danza", con el estómago saciado empezamos a echar de menos aquellas costumbres de antaño, de tan buen recuerdo. La prosperidad trae consigo las ganas de divertirse y de pasarlo bien en compañía de los amigos. Así que nos juntamos unos cuantos y decidimos volver a celebrar esa fiesta.

Entretanto se habían producido cambios en el vecindario. Muchos habían emigrado a las grandes ciudades (Valencia y Barcelona sobre todo) pero en el barrio se habían instalado nuevos comercios entre ellos la carnicería de Manolo "el Paulino" y su mujer Pilar "la Patítica", jóvenes con ímpetu y ganas de pasárselo bien tras el duro trabajo diario que ellos cumplen a conciencia. Por otra parte Ángel Andrés y su resuelta esposa decidieron probar suerte e instalaron en su casa del Rabal el "Café Farriate" (apodo de la familia de él) que ha perdurado hasta este año en que han decidido jubilarse.

Asegurados los dos fundamentos de la fiesta: la comida y la bebida, no resultó difícil organizarla. Nos unimos a ellos varios colaboradores: Domingo Marín, Saturnino, Alfredito (continuamos llamándolo así aunque ya peina canas) José Llopis, el hijo menor de aquel gran comerciante en cuya tienda encontrabas todo. Vino de un pueblo valenciano y se le conocía, dada su escasa estatura, por el tío "Nano" (pequeño). La tienda del "tío Nano" ha sido una de las tiendas de comestibles (ultramarinos se decía entonces) de más solera en Ademuz durante el siglo XX. Estaba situada en la calle Boticario, muy cerca del Rabal. Toda la familia han sido comerciantes. Aún ahora, el nieto de aquel emigrante valenciano, regenta un establecimiento en la carretera: "Llopis. Interiorismo". A todos

ellos con sus respectivas esposas nos unimos la mía y el que esto escribe. Desde entonces se preparan unas hogueras que... Bueno.

Hay para asar, además de las consabidas patatas, careta de cerdo, longanizas, panceta, chorizos, jamón... y se les añade croquetas, ciruelas en aguasal y de postres higos con anís (de Alfredito) pastas de todas clases, etc., etc. Nada, como las bodas de Camacho. La bebida, que va por cuenta de Ángel Andrés, lo mismo: hay allí vino, cerveza, ponche, coñac, anís, whisky, ginebra, etc... cuanto se puede desear. Dicho de otro modo: De "chupar", lo que quieras.

Por allí pasa todo el que tiene ganas de fiesta, de disfrutar un rato. Va llegando gente y cada uno coge lo que le apetece, tanto sólido como líquido. Todos comen, todos beben, todos disfrutan y nos lo pasamos en grande. Entre bocata y bocata, entre trago y trago va caldeándose el ambiente y aquello se convierte en una juerga mayúscula, cuya expresión más idónea son las canciones. Alguien inicia una y pronto son todos los que la cantan. No es un coro bien afinado, pero no importa; allí no se canta por merecer un aplauso, sino para dar salida a la alegría que todos llevamos dentro. Apenas se acaba la canción, y aun antes de acabarse, una voz inicia otra y ya todos la seguimos a pleno pulmón.

Y así para una hora y otra y otra... hasta que se acaba la leña para alimentar la hoguera... y hasta que nos van faltando las fuerzas. Y allá, hacia las cuatro de la madrugada, la hoguera se apaga porque ya nadie se ha cuidado de ella. Poco a poco, cansados de comer, beber, cantar, gritar y atiborrados de humo y sueño nos vamos despidiendo unos de otros con el prometedor: ¿Hasta el año que viene!

Ya en casa, rememoramos esa noche tan estupenda que hemos pasado en que, olvidando nuestro egoísmo personal y unidos todos en armonía y hermandad, nos ha sido posible vivir unas horas inolvidables. Es esto lo que hace que tal tradición se cumpla puntualmente todos los años y nos lleva a confiar que nunca más desaparecerá.

(Continuará)

Antonio BENITO TOMÁS  
(Ademuz)

\* \* \* \* \*